

La Alborada

SEMANARIO DE LETRAS Y ACTUALIDADES

OSCAR G. RIBAS
DIRECTOR

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
PLAZA INDEPENDENCIA NÚM. 77

CONSTANCIO C. VIGIL
FUNDADOR

Año V.

Montevideo, 23 de Junio de 1901

Núm. 171

De literatura y arte

REVISTAS RÁPIDAS

“No hay más remedio: tienen que ir muriéndose todos, y no por esto hay motivo para ser pesimista, ni vale llamarse á engaño; desde muy niños empezamos á persuadirnos que somos mortales. ¡Ay! Sí, pero una cosa es creer en la necesidad lógica y ontológica de la muerte, á pesar de las graciosas é ingeniosísimas paradojas de esperanzas de eternidad epitelúrica del pobre Guyau (que ya se murió también): una cosa es saber que morir tenemos, y otra cosa es ir viendo la muerte, alrededor nuestro, cómo va matándonos la parte de corazón que tenemos desparramada por el mundo, y cómo se va acercando, acercando, afinando la puntería, hasta herir en el misterioso centro en que lo sentimos todo”... Así, así se expresaba *Clarín* hace años, unos doce años á lo más, al lamentar la muerte de Camus, su catedrático de literaturas griega y latina en Madrid!

Y ahora es él mismo, aquel espíritu fuerte, abatido en plena juventud, en plena radiación, el que provoca iguales reflexiones á los que veíamos en él algo más que un simple escritor, —á los que habíamos logrado llegar á su alma, al fondo de sus ideas, y con deleite aspirábamos toda la esencia, todo el jugo substancial que contenían sus libros, sus folletos, sus artículos. Todo muere, sí, y mucho más pronto lo que más queremos, por lo mismo, sin duda, que deseamos que nunca llegue el fatal momento. Transigimos sin protesta con la idea de la finalidad de la materia; hasta llegamos á familiarizarnos con ella, y cuando se produce el aniquilamiento de un ser que tiene algo nuestro, ó á quien profesamos algún afecto, el golpe nos azota en mitad del corazón, tan brusco como si no lo hubiéramos imaginado siquiera...

* * *

La muerte de *Clarín* es más que un accidente de la vida, de esos que nos dejan perfectamente indi-

ferentes: es una pérdida, un duelo para las letras y para los que en ellas ponen algo más que un simple deseo de pasatiempo. Para mí representa ambas cosas á la vez, porque es la muerte de una

de mis simpatías literarias, de una de mis admiraciones más sinceras. Tengo muchas — Zola en primera línea — pero pocas tan arraigadas, tan firmes, tan discutidas, entre mi sentimiento, y mi razón, antes de ser aceptada definitivamente, como esta que ahora me llena de tristeza por dentro y me arrastra á filosofías pesimistas... ¡á mí que las evito siempre que puedo! En Leopoldo Alas, no han encontrado muchos, y eso después de algunas concesiones á su intransigencia, más que un espíritu despierto pero arbitrario, un temperamento sensible á la belleza pero violento, un criterio superior aunque extraviado por un afán de justicia y de saber mal entendido. Hubo un tiempo en que también yo le juzgué así. Sus artículos, humorísticos, pléticos de sátira, salpicados de su agudo ingenio irónico, influyen con más poder en mi ánimo, —sin duda porque halagaban más mi ardiente deseo de verdad, — que sus estudios serios, meditados, profundos. La reflexión se

impuso, sin embargo, pronto, y al penetrar más en el alma, en el cerebro que en el ingenio del escritor, me convencí de mi engaño y sentí hacia aquél la veneración, mezcla de cariño y de respeto que los arbustos deben sentir ante la fortaleza de sus hermanos mayores, fornidos de tronco y ramas y exuberantes de savia, que les envuelven con su sombra, pero que al propio tiempo les protegen y señalan el camino de la luz. Y esto es lo que ha sido, en realidad, *Clarín*: un árbol gigante, de follaje espléndido, que proyectó demasiada sombra á su alrededor, y que creció casi solitario entre sus demás compañeros, en un afán de independencia, de amor á la justicia que tenía que ser fecundo



LEOPOLDO ALAS (CLARÍN)
Ilustre escritor español

manantial, como lo fué, de muchos odios y de muchas antipatías. El aislamiento no influyó, sin embargo, en su desarrollo: combatido, negado, calumniado, en diferentes ocasiones, por los que, á falta de talento ó ingenio, esgrimían el arma innoble de los impotentes, siguió siempre ascendiendo, sin doblegarse, sin detenerse á recoger los frutos de su tarea incesante de todas las horas, ni á contestar los gritos de envidia y de vanidad herida que caían á sus pies. Su gloria mayor está en esa campaña crítica sostenida durante casi toda su vida con la tenacidad de un iluminado, que no le habrá producido muchas satisfacciones, fuera de lo espiritual, pero que será la base de su indiscutible celebridad. No fué un espíritu estrecho en el ejercicio de la crítica, como con un desconocimiento completo del artista y de su obra, lo decía hace poco un periodista argentino: fué el espíritu más amplio de la literatura española contemporánea, el cerebro más robusto y más universal que la ha dado brillo. Las reglas á que sujetaba su criterio se componían de todo lo bueno, de todo lo puro que descubría en las literaturas extranjeras, y que él encerraba en esta amplísima definición de la crítica literaria: *crítica*, es decir, juicio, comparación de algo con algo, de hechos con leyes, cópula racional entre términos homogéneos; *literaria*, es decir, de arte, estética, atenta á la habilidad técnica, á sus reglas (absolutas ó relativas). Y dentro de esta fórmula, de elasticidad enorme, colocaba los diferentes géneros de crítica parcial, etnológica, antropológica, sociológica, política, ética, etc., en su relación estética y particularmente literaria. El periodista á que antes me he referido ha dicho también — y Dios le perdone la herejía en obsequio á su franqueza inconsciente — que en España no ha habido más que un Larra. Sí, un Larra, único, pero considerado en sentido distinto á *Clarín*. El paralelo cabe, pero con perjuicio de la gloria de uno de ellos. Larra tuvo sobre *Clarín* más delicadeza de estilo, más ingeniosidad de expresión, más graciosa y melancólica superficialidad de análisis; *Clarín* ha tenido sobre Larra, desde sus comienzos, la salud del alma, la robustez del cerebro, la amplitud del criterio y la indiscutible superioridad que da una vasta ilustración... Un crítico de costumbres, puramente español, fué Larra, en tanto que Alas ha sido el crítico literario más grande que ha surgido de España, en la última mitad del siglo pasado, en el sentido universal que el vocablo tiene...

En el cuento y en la novela, *Clarín* ocupará siempre un puesto de preferencia en las letras españolas. Moderno como ninguno de sus compatriotas, ansioso siempre de una belleza suprema que entreveía solamente, sin lograr su dominio, fué el literato español que más activa parte tomó en la evolución porque ha atravesado la novela. Mientras Menéndez Pelayo desentraña viejos documentos para levantar un monumento extraordinario de erudición, casi único, y Valera persiste en su idea, ya rancia, de que la novela debe ser cosa de ameno y vago pasatiempo, y Pérez Galdós vive entregado á sus *Episodios*, *Clarín* transponía los límites de su patria é iba á buscar nuevos horizontes para su espíritu incansable, ansioso de claridad nueva, de atmósferas amplias. Sus cuentos son más *modernos* que muchos de los que en Francia pretenden pasar como tales y novela suya hay — *La Regenta* — que es toda una obra maestra todavía no muy bien comprendida. Las ideas avanzadas de *Clarín* se advertían claramente tanto en la crítica menuda como elevada, en los trabajos de literatura simple como en los de filosofía transcendental. Pocos idiomas le fueron desconocidos y ninguna literatura fué extraña para él. A la americana la trató en general con cierto desdén, muy justificado por otra parte algunas veces, lo que no impedía que cuando tro-

pezaba con un escritor de talento lo proclamase en voz alta; verbigracia. Rodó, Rubén Darío, etc. Las letras francesas no han tenido un crítico de más talento que él en estos últimos años, y pocos estudios más completos como los que deja sobre Renán, Zola, Flaubert. — para no citar más — se encontrarán fácilmente. No hay revista que no contenga algún pedazo del cerebro de aquel talento fecundo, inquieto siempre, que multiplicaba el tiempo para atender á su cátedra de Derecho Romano en Oviedo, á la colaboración de diarios y periódicos, á la lectura de la cantidad inmensa de libros que diariamente caían en su mesa de trabajo, á la espera de un juicio, — de una esperanza ó de un desengaño, — y á la investigación filosófica á que le arrastraba su amor entrañable á los altos problemas humanos. El día que se estudie su obra toda con imparcialidad, con desapasionamiento absoluto, causará a-sombro el esfuerzo que en ella hay empleado, y se tendrá que reconocer toda la grandeza, toda la elevación del que era, para la generalidad de la gente, un crítico malhumorado y pendenciero.

En los últimos días de su existencia, el gran luchador, el fuerte agitador de arco, se sentía ya dominado por una bondad serena. Enfermo condenado fatalmente, escribía: "Hay una austeridad, sutil delicia, que no me parece justo llamar voluptuosidad, que ahora gozo que se aleja la juventud, y que no gozaba en los más floridos días del entusiasmo juvenil. Es la delicia de saber *pensar uno y sentir otro; sentir pesimismo y pensar optimismo*. Hoy, muchas veces, siento penas, desencantos míos, la vanidad de... mis vanidades; sobre todo, el *poco fuego* con que *siento* el mismo bien en que creo. Pero ¡en este limbo! ¡qué dulce, tenue claridad la de la santa razón fría, impersonal, imparcial, firme, que sigue diciendo en el desaliento *subjectivo* lo mismo que en las horas de fuerza, de salud, aunque no haga *gozar* á los sentidos, este pensar sereno y de consuelo!" ¿Presentía ya el ilustre escritor la proximidad de su fin ó era simplemente el anhelo de cosas infinitas, que le dominó toda su vida, que se hacía más intenso á medida que se convertía en realidad? Esas páginas de un enfermo, que tienen algo de la melancolía que se apodera de la naturaleza al caer en las indecisas claridades del crepúsculo, parecen como un lamento, como una queja resignada de un espíritu que siente que el cimiento que lo sostiene cruje, y se agrieta y se desmoronará muy pronto. ¡Y qué triste este abatimiento de una energía hermosa, útil, que se extingue sin remedio en lo mejor de su gestión!... La muerte de *Clarín* apenas por eso, por su apresuramiento, por su inoportunidad. Había mucho que hacer todavía para aquel talento joven, que había logrado ya la serenidad que dan los años y el estudio, y su desaparición deja una obra incompleta, una obra que recién se comenzaba, y que presagiaba ya proporciones soberbias. El pesimismo se apodera del alma ante estas injusticias, y aunque no se quiera, se llega á la protesta, á la rebeldía... Es cierto que los hombres como *Clarín* no mueren, porque queda su espíritu flotando en sus producciones; pero en realidad esos son los que más mueren, porque, como ya lo decía el mismo Alas, nadie lee libros de ayer, nadie escucha á los muertos. *Para el mundo, los muertos callan...*

Edo. Ferreira